

Programa de Investigaciones Económicas
sobre Tecnología, Trabajo y Empleo

P I E T T E

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Av. Corrientes 2470 2º cuerpo, 2º piso of. 35

1046 Capital Federal

tel. 953 7651 - fax 953 9853

E-mail: postmaster@piette.edu.ar

Dirección postal:

Casilla de Correo 950 - Correo Central

1000 - Buenos Aires

La noción de trabajo

Relato de una aventura
socio-antropo-histórica

Annie Jacob

Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo

P I E T T E

con sede en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

A s o c i a c i ó n T r a b a j o y S o c i e d a d

S e c r e t a r í a d e C i e n c i a y T e c n o l o g í a d e l a N a c i ó n

Centre de Recherches et Documentation sur l'Amérique Latine du CNRS

Programa de Investigaciones Económicas
sobre Tecnología, Trabajo y Empleo
PIETTE

El PIETTE tiene sede en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL) del CONICET y trabaja en estrecha colaboración con el Programa Nacional Prioritario de Tecnología, Trabajo y Empleo (PRONAT-TE) de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Nación y el Centre de Recherche et Documentation sur l'Amérique Latine (CREDAL) URA N° 111 au CNRS.

Supervisión técnica: Julio C. Neffa

Corrección: Graciela Torrecillas

Diseño y diagramación: Irene Brousse

Enero 1995

El Programa PIETTE, con sede en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL) fue creado oficialmente el 19 de mayo de 1992, mediante Resolución del Directorio del CONICET, N° 594/92. El actual Director es el Dr. Julio César Neffa, Investigador Principal del CONICET en el CEIL y del CNRS en el CREDAL (Centre de Recherches et Documentation sur l'Amérique Latine, URA N° 111 au CNRS, Universidad de París III).

El Programa concentra su actividad en el estudio sistémico de las interrelaciones generadas entre las innovaciones tecnológicas -derivadas de la investigación científica básica y sus aplicaciones- y las innovaciones organizacionales dentro de las empresas productoras de bienes y de servicios. El objetivo es facilitar una gestión eficiente y competitiva de las unidades de producción así como condiciones adecuadas para el uso y reproducción de la fuerza de trabajo. Esta delimitación del campo temático comprende naturalmente las articulaciones entre los sistemas científico, productivo y educativo en lo que se refiere a las clasificaciones y califica-

Los Documentos de Trabajo del Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo son resultado de los siguientes Proyectos de Investigación y Desarrollo:

Racionalización, productividad y relaciones de trabajo: el Congreso Nacional de la Productividad y Bienestar Social (PID UBA DE 003);

Crisis, reestructuración productiva, innovaciones tecnológicas y organizacionales y sus repercusiones sobre el mercado de trabajo (PID UBA C E 007);

La crisis del sistema productivo y del régimen de acumulación en Argentina: una investigación desde la perspectiva de la Teoría de la Regulación (PID 3 079400 88 del CONICET);

La crisis del sistema productivo y del régimen de acumulación en Argentina. El sector industrial de la región conformada por la Capital Federal, el Gran Buenos Aires, el Gran La Plata y el Eje Noroeste de la Provincia de Buenos Aires (Subproyecto N°7 del PID-BID N° 0474 del CEIL-CONICET

La noción de trabajo

Relato de una aventura socio-antropo-histórica*

Annie Jacob

Puede parecer aventurado definir un campo a partir de una palabra. El *trabajo* abarca un dominio amplio, es vehículo de un sentido, que tendemos a considerar “natural” actualmente en nuestra cultura. No pretendemos abarcar el conjunto de esta cuestión, sino transmitir algunas pistas sobre las que trabajamos en esta búsqueda de sentido y significado del trabajo en nuestro sistema social.

Ya que se trata de una palabra, primero nos apoyaremos en las investigaciones de los lingüistas. Emile Littré, en el prefacio al *Dictionnaire de la langue française* (edición de 1878), escribe: “La lengua se modifica de siglo en siglo ... Estas modificaciones que no son ni arbitrarias ni caprichosas, son concomitantes con mutaciones literarias, y, más profundamente, con mutaciones sociales”. Trabajos más recientes en lingüística nos permitirán delimitar más precisamente estas “mutaciones literarias” referidas a la palabra *trabajo*. Trataremos después de abordar, a grandes rasgos, el análisis del contexto histórico para poder comprender las “mutaciones sociales”. Finalmente, trataremos de explicar por qué, en nuestra opinión, un análisis como el del trabajo requiere de la utilización de datos sociológicos, ciertamente, pero también antropológicos e históricos.

I. El trabajo: una palabra

Si consultamos el *Petit Robert*, esta palabra trabajo se define con diferentes rúbricas. Retengamos la antigua definición: “estado del que sufre”, en comparación con la definición moderna: “conjunto de acti-

* “La notion de travail: récit d’une aventure socio-anthropologico-historique”, XII Coloquio de la Asociación Internacional de los Sociólogos de Lengua Francesa, Bruselas, 20-24 de mayo de 1985. Traducción: Irene Brousse.

vidades humanas coordinadas con vistas a producir o contribuir a producir lo que es útil; estado, situación de una persona que actúa para obtener un tal resultado”.

Etimológicamente, trabajo viene de *trepalium*, máquina de tres pies para herrar los caballos, utilizada después como instrumento de tortura. Del siglo XII al XVI, trabajar significa “atormentar”, “sufrir”; el “trabajador” era el verdugo. El sentido primitivo de esta palabra expresa entonces explícitamente la idea de “tormento”; y después, progresivamente en su evolución, “esfuerzo penoso”, “fatiga”. En la Edad Media, trabajar significaba también “viajar” (“trabajar de reino en reino”), y la lengua inglesa conservó este origen en la palabra *travel*.

Investigaciones de lingüística referidas precisamente a la palabra trabajo¹ muestran explícitamente que la carga de afectividad negativa del trabajo disminuye progresivamente con el tiempo. En nuestra historia, se pasa de la función dominante del tormento en el trabajo, a la idea de esfuerzo penoso, de fatiga, para agregarle hace relativamente poco (fines del siglo XVIII) la noción de resultado útil, y finalmente la idea de “ganarse el pan”, de medio de existencia. Mientras que en el origen la utilización de la palabra trabajo se situaba en la periferia del campo semántico, comparativamente con los términos obra, producción, tarea, el trabajo se convirtió en un tema central. Trabajar ocupa ahora el centro del campo conceptual en el que antes sólo ocupaba un lugar periférico -de la misma manera que el trabajo ocupa el lugar central de nuestra vida social- cuantitativamente y cualitativamente. Si se retoman las definiciones del *Petit Robert*, se constata que la definición moderna del trabajo dada, es prácticamente paralela a la definición llamada económica: para el *Petit Robert*, la definición del trabajo en economía es:

“la actividad económica de los hombres (ayudados o no por máquinas) productora de utilidad social”.

¿Cómo se puede vincular esta evolución lingüística con la evolución de la realidad extra-lingüística, el contexto “societal” en el que esta palabra se transformó? Vamos a indicar ahora algunos puntos de referencia que nos permitan comprender mejor esta evolución.

Las ideas, hechos, o, para retomar una distinción más moderna, lo *ideal* y lo *material*, actúan en interacción permanente, y siempre son di-

¹ Ruzena Ostra, “Structure onomasiologique du travail” en francés, 1974.

fáciles de disociar. Esta interacción se puede verificar en la noción de trabajo. Nos proponemos destacar ahora los hechos históricos relevantes para interpretar la evolución de la palabra.

II. El contexto

En una comunicación presentada por Lucien Fèbvre el 23 de junio de 1941 en la Jornada de Psicología e Historia del Trabajo y las Técnicas, y publicada en el *Journal de Psychologie Normale et Pathologique*² con el título “Travail: évolution d’un mot et d’une idée”, este historiador de la Escuela de los Anales nos indica el interés que podría tener el estudio de esta noción, poniéndola en relación con los acontecimientos de nuestra historia social. Planteaba así algunos hitos que he tratado de profundizar, y también de ampliar.

Los fundamentos de nuestra cultura judeo-cristiana se definen en nuestros textos sagrados, es decir la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento). Partiendo de esos textos, trataré de obtener los elementos a partir de los cuales se define nuestra relación con el trabajo. Las diferentes etapas que retendré para nuestro análisis son las siguientes:

- el cristianismo monolítico, hasta el siglo XVI,
- la Reforma, y las múltiples “dudas” que los descubrimientos científicos y geográficos (Copérnico, Galileo, el descubrimiento del Nuevo Mundo y sus “salvajes”) aportaron a lo largo del siglo XVI, seguidas por una fuerte evolución del pensamiento: las primeras teorías económicas, el siglo de las luces, especialmente la Enciclopedia,
- la Revolución francesa y la industrialización, con la elaboración de nuevas teorías que van a influenciar profundamente nuestra concepción del trabajo: las teorías socialistas.

En la mitología cristiana occidental, por una parte, dominar la materia es rendir homenaje a Dios; por otra, el trabajo se representa como fruto de una maldición divina.

El Génesis indica que el trabajo es el resultado del pecado de Adán y Eva: el hombre está condenado a trabajar “con el sudor de su frente”; por su lado, a la mujer se le dice “Parirás a tus hijos con dolor” (trabajo-parto). Es entonces mediante el trabajo penoso que los hom-

² Enero-marzo 1948.

bres deberán redimirse del pecado después de la caída. En el Nuevo Testamento hay algunas contradicciones entre elementos favorables y elementos desfavorables respecto de un valor positivo del trabajo. Jesús es un trabajador, nacido en una familia de carpinteros. Algunos textos parecen dar una visión negativa del trabajo, por ejemplo la parábola del lirio de los campos y los pájaros del cielo, o la de Marta y María (Mateo). Otros textos son favorables: San Pablo, por ejemplo, indica que “si alguien no quiere trabajar, no comerá”.

Hasta el siglo XVI, el trabajo conservará un valor más bien negativo, construido a la vez mediante las creencias de las sociedades antiguas, y mediante la evolución de las instituciones cristianas. En efecto, la sociedad feudal se divide en tres categorías jerarquizadas:

1. los que rezan,
2. los que luchan,
3. los que trabajan.

Un debate importante de la época se refiere a la jerarquía de valores entre la contemplación (la plegaria y la meditación) y la acción (el trabajo). Para muchos católicos, la contemplación conserva un valor superior.

El fin del monolitismo religioso en la cristiandad se sitúa en el siglo XVI, con la *Reforma*. Actualmente se sabe que la Reforma contribuyó eficazmente a revertir el valor del trabajo, y por lo tanto de las representaciones y los comportamientos de los hombres con respecto al trabajo. La religión entra en la vida cotidiana. Con Lutero en primer lugar, el trabajo adquiere para el hombre el sentido de profesión y de vocación a la vez (*Beruf*). A partir de 1520, Lutero pide la supresión de la mendicidad considerada como un mal social. Calvino, en 1534-1536 va aún más lejos en este sentido: afirma que la Religión y el Trabajo están ligados íntimamente. El trabajo está al servicio de Dios. Toda ganancia proporcionada por el trabajo es legítima. El beneficio del comerciante proviene de su actividad. Preconiza dar trabajo más que limosnas. Estas ideas, que serán ampliamente difundidas gracias a la imprenta, encontrarán eco en las poblaciones confrontadas en ese momento con una grave crisis económica y social. Contribuirán a resolver esta crisis en una sociedad que resulta cada vez más bloqueada por la rigidez del monolitismo religioso. Estarán en el origen del “nacimiento” de un nuevo tipo de hombre: voluntario, activo, que el puri-

tanismo consagrará después. A esto se agrega el desarrollo de la idea de la predestinación, largamente analizada por Max Weber en la *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*³: el hombre debe enfrentar a Dios solo para tratar de verificar si es un elegido o no. Ahora bien, el elegido cree constatar en el éxito de sus actividades la expresión de su elección por Dios. el hombre actuará entonces acrecentando la cantidad de sus bienes. Pero estos bienes no deberán ser consumidos para el placer sino reinvertidos en la producción (respeto a las reglas del ascetismo).

Aún si todavía continúa un debate en torno al análisis de Max Weber, nadie duda que la Reforma es la ilustración del hecho de que el dogma religioso, las creencias a las que adhieren los individuos, sirven de base a motivaciones, fuentes de nuevas actitudes. La Reforma contribuyó a modificar el conjunto del sistema social, por otra parte. Aún los católicos tuvieron que evolucionar en sus doctrinas. El fin del monolitismo religioso dejaba espacio para la elaboración de nuevas ideas; en la brecha abierta surgen progresivamente nuevas teorías, fuera o inclusive contra toda religión, en las que el trabajo tendrá un lugar cada vez más definido. Antes de estudiar esta evolución del pensamiento, detengámonos en otro acontecimiento importante del siglo XVI, y que se prolonga a lo largo de los siguientes siglos, por la colonización: el descubrimiento del Nuevo Mundo, fuente de una transformación de nuestra “visión del mundo”.

El descubrimiento del Nuevo Mundo

El encuentro con otras culturas, con ocasión del descubrimiento y en una época en que las fisuras en la cristiandad se vuelven cada vez más numerosas (fines del siglo XV - comienzos del siglo XVI), jugará un papel de revelador. El “otro”, llamado salvaje (de silvestre, del bosque), prejuizado a partir de los primeros contactos sin fe, sin ley, sin rey⁴, sucesivamente servirá de modelo (el Buen Salvaje) o de contra-modelo. Lo que distingue al Salvaje del Civilizado, es que no cultiva su tierra, que no la “trabaja”. Por lo menos los textos de los viajeros no dejan de observar este hecho, mientras hoy sabemos que es-

³ 1920, traducción francesa, Plon.

⁴ Cristóbal Colón, *La découverte de l'Amérique. Le Journal de bord 1492-93*, Maspéro, 1979.

pecialmente en muchos lugares de América del Norte, se practicaba la agricultura. Pero aparentemente, el problema a resolver no era el del estudio de una realidad diferente. El problema era más bien la búsqueda de una nueva interpretación del mundo, búsqueda en la que los “otros” servirían de espejo o de máscara, aunque se transformara su realidad. El Mundo ya no pertenece únicamente a Dios; se “descubrió” un “Nuevo Mundo”, se vuelve necesario elaborar nuevas reglas para su reparto. El descubrimiento de inmensos espacios particularmente ricos en flora, fauna, cuando no en metales preciosos, riquezas no explotadas a los ojos de los viajeros occidentales, produce codicia. También es interesante, más de trescientos años después de los hechos, vincular la toma de posesión progresiva del Nuevo Mundo por parte del Antiguo y el nacimiento de nuevas teorías del Derecho y de la Economía. Y aquí es donde volvemos a encontrar la noción de trabajo.

Ya en 1620⁵, Grotius, jurista holandés, considerado el “padre del derecho de gentes”, escribía: “...no se adquiere la propiedad de un país cazando, recogiendo leña o sacando agua: la demarcación de límites y la intención de cultivar, o la cultura ya comenzada fundan la posesión”. Después de él Hobbes, y luego Locke, continúan y precisan su razonamiento.

Locke escribe, en el segundo tratado del Gobierno civil (1690): “cada vez que él (el hombre) retira cualquier cosa del estado en que la puso y la dejó la naturaleza, mezcla su trabajo con esta cosa, y le agrega un elemento personal: con esto adquiere su propiedad. Además, cuando ha retirado bienes del estado común en que los había puesto la naturaleza, el trabajo incorporado suprime el derecho común que tenían sobre él los otros hombres ... el límite natural de la propiedad está claramente definido por la capacidad humana de trabajo...”.

Si vinculamos estas teorías con los relatos de viaje que describen los primeros encuentros con los indios de América, aparecen algunos elementos de interpretación. Sobre la descripción de los indios en “actividad”, se desprende de los textos una curiosa unanimidad: el salvaje es indolente, perezoso. El padre Lejeune, jesuita, estando en Nueva Francia en 1634, escribe: “Se imaginan que, por derecho de naci-

miento, deben gozar de la libertad de los patos salvajes, sin ninguna sujeción a nadie, salvo cuando les place”.

Un puritano inglés del siglo XVII los designaba “lords perezosos del salvajismo”. Cotton Mather, pastor puritano (Nueva Inglaterra, siglo XVII) relevaba tres cualidades escandalosas de los indios:

1. son perezosos y les gusta el ocio;
2. son metirosos, impúdicos,
3. son indulgentes con sus hijos.

Finalmente, John Eliot, misionero puritano: “We labour and work in building, planting, clothing ourselves, and they don’t” (“Trabajamos construyendo, plantando, confeccionando nuestra vestimenta, y ellos no”).

Lo que los viajeros notan no es solamente “las pocas actividades” de los salvajes (de hecho varios textos expresan que tienen una resistencia ala caza que por ejemplo los europeos no tienen), sino también que sus actividades no se inscriben en relaciones de autoridad, en relaciones sociales jerarquizadas como en Occidente en esa época. Además, las actividades de producción de los salvajes, esencialmente destinadas al mantenimiento de la vida, como la caza y la pesca, resultaban en esa época actividades de juego que los aristócratas se reservaban. De ahí la emergencia de la noción de pereza: los salvajes no “trabajan”, juegan.

Este discurso sobre la pereza de los otros (que aún hoy subsiste) se ubica en una relación intercultural, y en este caso, entre culturas particularmente diferentes en su relación con la Naturaleza. Para los cristianos (y, entre ellos, más aún para los reformados llamados puritanos) explotar la naturaleza es rendirle homenaje a Dios. Para los indios de América del Norte, la naturaleza es lo que nutre, es nuestra “madre”, y no debemos explotarla más allá de nuestras necesidades. En esta interpretación del mundo, que funda en parte el sistema social, el valor moral del trabajo no tiene el mismo lugar que se le atribuye en Occidente. Inclusive algunos afirman que el trabajo no existe en las sociedades llamadas primitivas.

Aunque en Europa a partir del siglo XVIII se desarrolla un movimiento antirreligioso, éste no aplanará el valor moral del trabajo. El

⁵ Hay que recordar que 1620 es muy precisamente, la fecha de creación del Estado de Massachusetts por parte de los colonos puritanos ingleses que habían salido de Holanda en el *Mayflower*.

célebre debate moral en torno al buen salvaje no logrará transformar nuestra relación con la naturaleza, tan inherente a nuestra cultura, tan “natural” en nuestro sistema de pensamiento. En la Europa del siglo de las luces, en una sociedad que se constituye fuera del campo religioso, la idea de trabajo que en la época de la Reforma había pasado de castigo a deber, se justificará en adelante por su utilidad social. Los fisiócratas, los enciclopedistas y después los primeros economistas, contribuirán a fijar en torno al trabajo valores que, con la corriente socialista del siglo XIX, serán en cierta medida reforzadas.

Tomaremos como ilustración el ejemplo de *La Enciclopedia o Diccionario razonado de las Ciencias, las Artes y los Oficios*, de Diderot y d’Alembert (editada de 1751 a 1780).

La Enciclopedia

La Enciclopedia contribuyó a expresar las reivindicaciones de la burguesía emergente: abolición de los privilegios y desaparición de las restricciones a la libertad de la producción. A la *fe*, los enciclopedistas oponen la *razón*, la ciencia asociada a la *técnica* sustituye a la *religión*. La riqueza de la Enciclopedia se sitúa en su preocupación por difundir nuevos valores, por salir a la búsqueda de una sociedad diferente en la que los privilegios de algunos ya no corran, pero donde el trabajo de todos contribuya a construirla. Por lo tanto, sin que el concepto trabajo se aborde directamente en profundidad, es toda la Enciclopedia, acordándole el lugar esencial tanto en las ilustraciones como en los textos descriptivos de los Oficios o “Artes mecánicas”, la que contribuye a reconocerle un rol preponderante -posición que se puede considerar innovadora para la época.

En lo que se refiere a las *ilustraciones*, los enciclopedistas nos muestran el Universo entonces desconocido del taller, de la manufactura, de la mina, de los campos, y también del cuerpo humano. La técnica y su progreso se conciben como amigos del hombre.

Roland Barthes⁶ en un texto que acompaña la reproducción de 135 ilustraciones seleccionadas de la Enciclopedia, expresa la impresión que se obtiene de la lectura de las ilustraciones. Subraya la importancia atribuida a los “actores”, los trabajadores; la frecuencia con que

⁶ Roland Barthes, Robert Mauzi, J.P. Seguin, *L’Univers de l’Encyclopédie*, París, 1964.

aparacen las manos en el trabajo. La Enciclopedia nos muestra un Universo armonioso, sereno, equilibrado, feliz. Las relaciones de autoridad (entre maestros y compañeros) no se muestran: no hay control, supervisión. Cuando el trabajo es colectivo, se muestra la participación en una actividad común en torno a la máquina y las herramientas. Ningún rastro de fatiga, los trabajadores están limpios, bien vestidos, relajados, sus manos no están gastadas. Las ilustraciones muestran un momento de la historia “donde el trabajo de los hombres podía parecer feliz”⁷.

En los *textos*, la Enciclopedia de Diderot y d’Alembert no le asigna un lugar importante en volumen a la definición del trabajo. Una primera búsqueda de la palabra trabajo decepciona un poco. Encontramos simplemente la siguiente definición:

Trabajo: “ocupación diaria a la que el hombre está condenado por necesidad y a la que le debe al mismo tiempo su salud, su subsistencia, su serenidad, su sentido común y quizás su virtud. La mitología que lo consideraba un mal lo hizo nacer del Erebo y de la Noche”.

Después sigue un pasaje mucho más largo que describe el *trepallium*, el instrumento del herrero que dio su nombre al trabajo.

Pero, como lo expresa Monsieur d’Alembert en su discurso preliminar, una de las funciones de la Enciclopedia es rehabilitar el trabajo manual, y el medio utilizado consistía sobre todo en mostrar, en describir. También contribuyó a modificar la idea de trabajo por medio de numerosas descripciones e ilustraciones de todos los oficios de la época.

Pero más allá de la ilustración y la descripción por la imagen y por el texto de los oficios y del trabajo, la Enciclopedia, bajo otras rúbricas, elabora una moral del trabajo. La palabra trabajo en las tablas (index) incluye una subrúbrica “moral” que desarrolla temas cuyo listado nos indica la orientación. Me permito citar algunos títulos:

“Trabajo y economía: dos grandes medios para enriquecerse, el trabajo necesario para la salud, utilidad del trabajo contra el aburrimiento, reflexiones sobre los peligros del ocio, el gobierno debe proporcionar medios de trabajo a los que viven en la ociosidad, medios de alentar a los hombres al trabajo, el establecimiento arbitrario de las fiestas es una violación de la ley divina que nos ordena trabajar du-

⁷ Robert Mauzi, in *L’Univers de l’Encyclopédie*, *op.cit.*

rante seis días, trabajo que se podría permitir a los pobres el domingo”.

Tomemos ahora los artículos que definen los valores morales opuestos a los de Trabajo: *Ociosidad, Pereza, Indolencia*.

El artículo *Ociosidad* nos indica: “... La práctica de la ociosidad es contraria a los deberes del hombre y del ciudadano... cuya obligación general es ser útil a la sociedad de la que es miembro... Todo lo que la moral puede decir contra la ociosidad siempre será poco, mientras no se lo convierta en un asunto capital.... El trabajo es el remedio de todos los males que produce la ociosidad”.. En *Pereza*, reaparece la figura del salvaje perezoso de la que hablamos anteriormente: el artículo América incluye un pasaje bastante largo sobre la pereza de los salvajes del que extraemos este fragmento: “.. se sabe hoy en día gracias a una gran cantidad de observaciones recogidas en diferentes lugares, que todos los salvajes en general tienen inclinación por la pereza, que es uno de los caracteres que los distingue de los pueblos civilizados...”. De la misma manera, bajo la palabra *Indolencia*: “es una privación de sensibilidad moral... El estado de indolencia es el estado natural del hombre salvaje”.

El valor moral del trabajo no fue afectado por el ideal del buen salvaje. Su pretendida indolencia quedó en el campo moral negativo del trabajo. La noción de “buen salvaje”, generalmente atribuida al pensamiento francés, sirvió de base a la crítica de la propiedad privada y de la división jerárquica de la sociedad de la época, no al cuestionamiento del valor moral del trabajo. En los *Diálogos curiosos* del Barón de Lahontan⁸, diálogos imaginarios entre el Barón y su amigo indio Adario después de una estadía de este indio de Nueva Francia, el Barón Lahontan hace decir a su indio [respecto de Francia]:

“... Las leyes religiosas son incompatibles con el mantenimiento de lo Tuyo y de lo Mío ... de los ricos y de los pobres y de la jerarquía ... los europeos ... sólo hacen el bien por la fuerza y evitan hacer el mal sólo por miedo al castigo ... Querer vivir en los países de la plata y conservar su alma, es querer tirarse al fondo del lago para conservar su vida...”

⁸ Editados a partir de 1703, con once ediciones sucesivas, estos textos son reconocidos por haber contribuido en gran medida a la formación de la idea del Buen Salvaje en el siglo XVIII.

Después de este breve esbozo del siglo de las luces, cuyo pensamiento se cristaliza de alguna manera en la Enciclopedia, lugar de registro de un pensamiento en gestación muy rápidamente seguido por la Revolución Francesa, trataremos de continuar de manera sucinta, con las siguientes etapas de la evolución de la noción de trabajo.

Después de la Revolución Francesa

No podemos sobrevolar el siglo XIX, no porque lo consideremos menos importante, sino porque estamos aquí confrontados con un crecimiento exponencial de los textos que sólo hemos consultado en parte. Sobre el trabajo, se puede decir que el siglo XIX es un siglo apologético. Sólo las voces de Paul Lafargue y de algunos anarquistas se permiten ir a contracorriente. Todavía no nos tomamos el tiempo de abordar seriamente esta época. Así, me contentaré con trazar algunas líneas que no bastarán para explicar el proceso.

Como vimos, a partir de Locke aparecen teorías referidas a la propiedad, y que fundaban la propiedad del trabajo. Pero con la utilización cada vez más común de la moneda, la capitalización de la propiedad se vuelve posible. También, progresivamente, frente a la escasez de los suelos, a la codicia de los propietarios, la acumulación que la moneda hizo posible, el capital le gana al trabajo. Esta evolución se concretiza en el paso del Derecho Natural a la Ciencia Económica, de John Locke a Adam Smith. La Revolución francesa integrará a sus leyes esta evolución: el Estado Nuevo se considera protector de la propiedad: sólo se reconocen como electores los propietarios (régimen censatario). Muy rápidamente, el trabajo, de medio de acceso a la propiedad, pasa a ser una mercadería. La corriente socialista se arraiga en este giro. Hegel [de cultura protestante] será el primer filósofo en ver en el trabajo un aspecto esencial del destino humano⁹. Y con Marx y Proudhon la soberanía legítima del trabajo lleva a la soberanía legítima de los trabajadores. Es a través del trabajo que el hombre se aliena en el presente, pero es también a través del trabajo que el hombre construirá una nueva sociedad.

Sin que haya consenso a nivel de las teorías políticas, la corriente socialista contribuyó a orientarse hacia una sociedad en la que el va-

⁹ Cf. Georges Lefranc, “Du travail maudit au travail souverain”, Conferencia, Ginebra, 2/9/1959

lor del trabajo ya no se discute. Jules Ferry, en 1884, decía: “La escuela nacional en una democracia de trabajadores como la nuestra debe ser la escuela del trabajo”. Y en los años ‘30, Hannah Arendt escribía, en *La condición del hombre moderno*: “La única actividad en la que podemos traducir el proceso de la vida es el trabajo”. Hoy, efectivamente, trabajar es “ganarse la vida”, “ganarse el pan”. El estudio del campo semántico del trabajo se une aquí a las observaciones que la sociología puede hacer. Cada vez más, nuestro trabajo es nuestro salario. La mayoría de los movimientos sociales actuales se refieren a reivindicaciones de salarios y de condiciones de trabajo.

III. El trabajo, en 1984

Ya que hasta ahora nos basamos en textos que creemos representativos del estado del pensamiento de cada época considerada, vamos a proseguir con este método para la época actual. Continuamos entonces nuestras investigaciones en una enciclopedia, ampliamente difundida y considerada como “moderna” y de buena calidad, la *Encyclopaedia Universalis*. Esta enciclopedia cuenta en efecto, con la colaboración de muchos científicos, bien conocidos en nuestros medios, en su mayoría jóvenes aún. Consultamos sucesivamente la edición de 1973 y la de 1984.

Para la edición de 1973, si consultamos el *Thesaurus* para la palabra *trabajo*, se impone una primera observación: dejando de lado los significados hoy marginales del trabajo (trabajo del sueño en psicoanálisis, trabajo de los materiales en física), casi todos los aspectos tratados sólo conciernen al trabajo en la industria (y su “complementario”, el no trabajo, en el juego y el tiempo libre, así como el desempleo). Sobre cerca de 90 palabras-clave que remiten a diferentes artículos, el trabajo del artesanado sólo se cita una vez, el trabajo en la agricultura está ausente (una rúbrica se refiere a la agricultura: el maquinismo agrícola) y se puede decir que la mayoría de los otros temas se refieren a la industria.

En cuanto al mismo artículo *Trabajo*, confirma la orientación del *Thesaurus*. Comprende 20 páginas, divididas en 8 rúbricas confiadas a sociólogos del trabajo (3 rúbricas), a un ingeniero (1 rúbrica), un psicólogo, dos médicos y un jurista. Al final del capítulo, las referencias

indicadas son: tiempo libre, mercado de trabajo, organizaciones patronales, salario, sindicalismo.

Para comparar, observamos que la *Gran Enciclopedia Larousse*, en su edición de 1976, divide el trabajo en dos rúbricas: *Derecho del Trabajo* y *Sociología del Trabajo*. En cuanto a la Gran Enciclopedia editada a comienzos del siglo XX, comprende 5 rúbricas: *Mecánica*, *Sociología* y *Economía Política* (autor: François Simiand), *Derecho*, *Fisiología* y *Obs-tetricia*.

Finalmente, hemos podido constatar que la Nueva Edición 1984 de la *Encyclopaedia Universalis* mantenía integralmente el artículo *Trabajo*, sin modificaciones ni agregados. Sólo el *Thesaurus* de la nueva edición contiene dos textos suplementarios sobre los temas: *División del Trabajo* y *Trabajo Estacional*. Esto puede parecer sorprendente ya que sabemos que en el curso de los últimos años este campo de investigación se ha ampliado y se llevaron a cabo numerosas investigaciones, que por otra parte se referían a categorías socioprofesionales cada vez más numerosas. La sociología del trabajo hoy ya no se limita a la sociología de la clase obrera.

No queremos juzgar aquí a estas enciclopedias, sino mostrar cómo los textos de estas ediciones corresponden a la imagen que la sociedad construye de una noción como la del trabajo. También querríamos sugerir las carencias que nos parecen nacer hoy cuando se delimita de esta manera un campo semántico en el marco de nociones dominantes implícitas. Más o menos espontáneamente, la Sociología del Trabajo se interesó durante mucho tiempo esencialmente por los lugares donde las restricciones eran más fuertes: la empresa industrial, y en el interior de la empresa, el trabajo obrero. En los años ‘60, ya no se sabía muy bien lo que distinguía a la sociología del trabajo de la sociología industrial. La *Encyclopaedia Universalis* revela esta confusión. Nos muestra también que en la noción de trabajo, todavía hoy, la idea de restricción ocupa un lugar importante.

Habiendo practicado la sociología del trabajo, me parece que esta óptica no presenta más que una parte de la realidad, que ya no nos permite comprender el conjunto de los problemas con los que nos enfrentamos. El trabajo es una actividad económica, política y religiosa en evolución constante. Los procesos de evolución, los cambios sociales sólo pueden realizarse por absorción y digestión de nuestro pasado y de las culturas con las que nos enfrentamos.

En el momento en que, gracias a las técnicas, hemos mejorado en proporciones considerables la productividad del trabajo, y en que parece que ya no hay trabajo para todos, plantearse la cuestión de la evolución de la noción, de la idea de trabajo, obliga a reabrir el campo de investigaciones a la historia o la antropología. Las reivindicaciones sociales hoy superan el campo de las simples reivindicaciones laborales (salarios, condiciones de trabajo) y se orientan hacia reivindicaciones que afectan la calidad de vida (ecología). Se refieren, con razón o sin ella, a otros sistemas culturales que ya no se pueden borrar de nuestro espacio con el pretexto de que tiene “tendencia” a desaparecer. Estamos en un momento de nuestra historia en el que tenemos conciencia de que deberemos realizar cambios sociales que requieren una introspección en nosotros mismos (a través de nuestra historia) y conjuntamente una mirada sobre los “Otros” (a través de la antropología).

Ya no podemos continuar considerando al trabajo, valor central de nuestro sistema social, como una actividad natural. Quizás habría que juntar los mitos y creencias que orientan nuestra representación y nuestros comportamientos en el trabajo, y relativizar también su valor, imaginar su evolución.